

Patrones

Que a Amanda la hubieran dejado plantada en el altar hace treinta y dos años debería ser, a día de hoy, con tanto tiempo de por medio, algo como mínimo anecdótico. Algo de lo que poder reírse, o al menos medio sonreír, y recordar casi como una proeza: “yo sobreviví a un abandono, delante de ciento cuarenta y tres invitados más el cura, que para más recochineo ofrecía su primera ceremonia y al que tuvieron que consolar casi tanto como a mí”. Sin embargo Amanda no sólo obvió la información a su primer marido, el oficial, el que no la dejó plantada en el registro civil porque era un ateo convencido y se negó a pasar por la iglesia, a pesar de la ilusión mal disimulada que le hacía a ella, sino que tampoco lo contó a nadie en ese nuevo trabajo que encontró después del traumático suceso. Ni tan siquiera cuando había pasado un tiempo y tenía confianza con algunos de sus compañeros. Un detalle que quizá muchos considerarían como algo normal por pertenecer a la vida privada de la propia afectada, sino fuera porque, para rizar aún más el rizo, Amanda trabajaba en esa conocida tienda, la que queda justo delante del teatro nacional y, con muy buen ojo, la pastelería especializada en tartas de boda. Sí, esa misma tienda donde le hicieron el traje a esa famosa cantante que luego se divorció a las pocas semanas aduciendo que estaba bebida y que no sabía lo que hacía. Sí, esa prestigiosa tienda de vestidos de novia. Y claro, ante semejante panorama era normal que pasar página fuera algo más que una simple cuestión de dejar pasar el tiempo, porque por muchos esfuerzos que ella pusiera los vestidos seguían allí, al igual que la ilusión de las novias, o las eternas dudas de si ese o ese otro primer plato en el banquete, o los destinos exóticos de la luna de miel, el nombre del primer hijo y cómo no, el convencimiento de que aquello iba a durar para siempre. Y cada vez que alguna de las mujeres entraba a la tienda y se emocionaba durante la primera prueba del

vestido, ella no podía más que rememorar la escena, contada posteriormente y con todo tipo de detalles por sus damas de honor, del novio, abanicado por el padrino, lloriqueando en la salita donde se guardaban las sotanas y las hostias, y pidiéndoles a todos un poco de comprensión, mientras ella, de pie en el altar, apretaba cada vez con más fuerza el ramo de orquídeas que le había regalado su suegra, que en realidad nunca llegó a convertirse en su suegra.

Así que treinta y dos años después, Amanda pasa una media de ocho horas al día, once si es en temporada de bodas, en el taller cortando telas, añadiendo capas, alargando colas, cosiendo las puntillas de los velos, ensanchando cinturas, reduciendo escotes y asintiendo cada vez que una novia aprovecha la intimidad del vestuario para confesar algo que no ha tenido el valor de admitir con nadie más. La mayoría de veces son confesiones de poca importancia referidas a los nervios y al estrés que deben de soportar las muchachas durante los preparativos. También están las que le piden subir la cremallera hasta arriba a pesar de que eso sea algo físicamente imposible. “En dos meses entraré en él”, le aseguran a Amanda, convencidas de sus palabras. Ella habla poco y toma las medidas, convencida también de que en un par de meses la novia no habrá perdido ni un gramo, sino todo lo contrario, y que luego tocará correr, a última hora, como siempre. Alega en voz baja y sin dejar de mirar las telas que si habla demasiado se desconcentra y no hace bien su trabajo, algo que a sus compañeras no deja de sorprenderlas teniendo en cuenta que ha pasado más de media vida dedicada a ese trabajo meticuloso y preciso. “Podrías hacer los vestidos con los ojos cerrados y una mano atada a la espalda”, bromea una cuando Amanda exige su derecho a permanecer en silencio. Ella sonríe y mira a la novia que, un poco intranquila, preferiría que su modista fuera la que comparte confidencias con ella y le asegura que sí, que claro, que

perderá los kilos que ella quiere, y no esa mujer callada y seria que apunta las medidas con un lápiz sin punta en su libretita de tapa negra. Y cada vez que Amanda hunde una aguja entre la tela blanca, la futura novia aguanta la respiración, se encoge y esconde la tripa. “Cuidado cuando te quites el vestido”, les advierte ella al terminar la prueba, “Está lleno de agujas y podrías hacerte daño”.

Unas semanas después las chicas vuelven a la tienda. El vestido está listo. Hay lágrimas, agradecimientos, abrazos y generosas propinas que se guardan en un bote común y que se reparte a final de cada mes. Amanda ve a las mujeres alejarse de la tienda con sus trajes cuidadosamente envueltos en una funda oscura de plástico grueso con letras doradas y brillantes. Se las imagina en sus casas, la mañana de la boda, a pocas horas de la ceremonia que ella no pudo tener. Poniéndose el velo fino, ayudadas por sus madres y amigas, entre risas y lloros. Algunas se darán cuenta en ese mismo momento: un pequeño pinchazo en el muslo, en la barbilla, un rasguño en el brazo. Un despiste de la tienda, un poco de agua oxigenada, tal vez ni eso. Nada sin demasiada importancia. Algunas puede que no lleguen a darse cuenta nunca, pero la única aguja que Amanda habrá dejado en el vestido seguirá allí clavada, escondida entre las capas de tela blanca y suave, día tras día, impasible, silenciosa, hasta que la muerte las separe.

Hilia